

Reflexiones en torno a la Batalla de Ayacucho

9/12/97

Jorge ANDÚJAR

El Perú tiene el gran honor de que en su suelo se desarrollara la contienda bélica más trascendente y acaso simbólica de la emancipación americana. En la pampa de Ayacucho (no de la Quinua como algunos aún señalan) se selló, en el campo de los hechos, la independencia de América del Sur, hasta entonces española.

En la historia del mundo existen batallas en las que se juegan, en los minutos que se estremecen las armas, el destino de los pueblos y sus líderes. La victoria de Napoleón en Austerlitz, por ejemplo, lo coloca como amo indiscutido de Europa. Su aplastante derrota en la colina belga de Waterloo, en manos del Wellington, lo conduce al ostracismo de la Isla de Santa Elena y al fin de sus caros sueños imperiales.

La batalla de Ayacucho traduce de modo vigoroso el espíritu de confraternidad de los países americanos por la causa común de la independencia. En el mando mayor del Ejército Unido Libertador y entre los soldados se encontraban representados casi todos los países de América. Peruanos, venezolanos, colombianos, panameños, argentinos, chilenos, peleando al unísono por la patria. Los nombres de los batallones y el uso de algunas armas

(como las enormes lanzas de los llaneros descritas por Uslar Pietri en su novela 'Las lanzas coloradas') indican muchas veces su diversa procedencia.

La batalla refleja también un elevado contenido humanitario y caballeresco que resulta difícil hallar en contendores tan duros y tenaces como los que protagonizaron el encuentro aquél 9 de diciembre de 1824.

Pocas horas antes de dar inicio al fuego de la muerte tuvieron lugar en el campo de batalla emotivas escenas de encuentro entre familiares de los ejércitos enemigos. Algunos evitarían tal ocasión, acaso sabiendo que cada uno permanecería leal a sus respectivas banderas, con sus armas entre manos. Tal el caso de Ramón y Leandro Castilla que terminaron heridos y atendidos conjuntamente en el hospital de campaña, luego del enfrentamiento. El primero joven oficial patriota. El segundo alto oficial realista. Andando los años aquel joven ocuparía, de forma brillante, nada menos que la Presidencia de la República.

En las memorias del general Guillermo Miller, testigo y protagonista inmejorable de aquella jornada, se consigna una escena hermosa: El abrazo tierno y cariñoso, a la vista de los ejércitos prontos a empezar el combate, del brigadier español de apellido Tur con su hermano que tenía el cargo de teniente coronel del ejército patriota.

Este espíritu de caballeridad se mantendría luego de la derrota de los españoles. El acta de capitulación (captada magistralmente por el conocido óleo de Daniel Hernández), suscrita por el general Sucre, de una parte, y Canterac, de la otra, es sumamente generosa con el vencido. A los años se acrecienta la talla moral de los miembros del Estado Mayor Patriota, lejos, muy lejos, del primitivo ánimo de venganza del hombre mediocre.

En la Capitulación de Ayacucho, suscrita en el campo de batalla, se establece que los prisioneros españoles quedaban libres. Sus heridos auxiliados por cuenta del gobierno. Podían regresar libremente a su tierra, con el costo del transporte pagado por el gobierno peruano. Sus propiedades en el país serían respetadas, entre otras concesiones.

Todos estos actos inusitados, ligados a otras conjeturas, permitió en alguna ocasión, a ciertos intelectuales honestos y sin tacha alguna, vislumbrar acuerdos previos que por la mortandad y fiereza del encuentro resultan difíciles de asimilar.

En la entraña de los andes peruanos, muy cerca de la colonial ciudad de Huamanga, por un esfuerzo conjunto de los americanos, se decidió finalmente los destinos de la América del Sur.